



español Diego de Osma y el subprior de su catedral, Domingo, les dieron por consejo que despidiesen su comitiva, y se presentasen con la pobreza apostólica, y procurasen de nuevo por este medio la conversión de los herejes. Este pensamiento, inspirado por el mismo Dios, fué abrazado con ardor por los nuevos legados Pedro de Castelnau y Raoul, que pasaron allá con los piés descalzos y con un aparato del todo evangélico, sin lograr por ello mejor éxito que sus antecesores. Pedro de Castelnau fué asesinado; y quizás no sin fundamento se acusó de este crimen á Ramon VI, conde de Tolosa, reconocido generalmente como protector de esos herejes, y que, segun parece, habia tenido con Pedro algunas diferencias. Hizo entonces Inocencio predicar una cruzada contra los albigenses por Arnaldo, abad del Cister, y el bravo y fiel Simon, conde de Monfort, la terminó felizmente. Ramon, al verse reducido al último apuro, prometió obedecer á la Iglesia; dió en prenda siete fortalezas; hizo penitencia en público, y hasta tomó parte en la cruzada. Dirigiéronse entonces las fuerzas contra Roger, vizconde de Beziers y de Carcasona, y contra el conde de Foix. La ciudad de Beziers fué tomada por asalto en 1209, y muchos de sus habitantes fueron degollados sin distinción de edad ni de sexo (1). Atacóse en seguida á los vasallos del conde Ramon, que, á pesar de la cólera que manifestó, obtuvo de los legados la cesion del país conquistado, que habia pedido con instancia á Roma, y le habia concedido Inocencio, cuidando más de la destruccion de la herejía que de la suerte de sus fautores. Ramon, á pesar de la clemencia de Roma y de los primeros consejos que habia recibido, sostuvo secretamente á los albigenses sitiados en Lavaur, y fué, al fin, completamente vencido en una nueva y cruel cruzada. Monfort obtuvo en

(1) Dicese que el abad Arnaldo exclamó: «Matadlo todo; Dios conoce á los suyos;» pero las crónicas que cuentan todo lo que puede perjudicar á los prelados del ejército católico no dicen nada de esto. Sólo el crédulo Cesario de Heisterbach es el que ha hecho circular sobre este punto mil cuentos imaginarios. Cf. Gac. de Bon, nueva serie, año IV, entrega 1.ª, páginas 161-164.

el concilio de Montpellier, como valiente soldado de Cristo é invencible defensor de la fe católica, el país conquistado, cuya posesion le confirmó el concilio IV de Letran, celebrado en 1215. Con vivo dolor recibió Inocencio las noticias de las inauditas crueldades que se cometieron en esta sangrienta cruzada, en que tan inhumanos se mostraron los partidarios del error como los de la verdad.

Los albigenses pasan generalmente por discípulos de la escuela maniquea que combatió San Agustin. Encontraron un pretexto para propagarse en la indiferencia del clero en satisfacer las necesidades espirituales del pueblo. Su orgullo y la ignorancia del siglo explican el desprecio que hicieron de todo misterio, y el fogoso celo que desplegaron contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Arnaldo de Brescia, en la alta Italia, y los trovadores, siempre dispuestos á burlarse de la jerarquía eclesiástica, abrieron camino á esos fanáticos.

Cuando uno recuerda la reprobacion universal que recayó sobre la sentencia de muerte de los priscilianistas, no puede ménos de admirarse de los rigores ejercidos contra los albigenses y otros sectarios. Sin embargo, al juzgar de esos hechos, conviene no olvidar el carácter especial de esas herejías, cuyos partidarios, léjos de contenerse en los límites de la esfera espiritual, sacaban de su oposicion dogmática principios que conmovian todas las relaciones sociales, y daban lugar á la inmoralidad más vergonzosa, declarando que el matrimonio era una fornicacion, aboliendo toda clase de culto, y destruyendo los templos.

¿Cómo hubiera podido la edad media sufrir con calma esos excesos? Bajo el punto de vista aún el más favorable á esas sectas, estaban muy léjos de reunirse con la Iglesia para combatir el mal que ésta reconocía y señalaba; antes al contrario, parecian no llevar otro objeto que destruir la Iglesia misma. Siendo la Iglesia católica, segun la fe y la conviccion universal ya de aquellos tiempos, la única vía de salvacion, no es de extrañar que el jefe de la cristiandad, despues de haber empleado la persuasion y la dulzura, acabase por usar de la mayor severidad contra los enemigos de la



Iglesia. El poder temporal, unido entonces íntimamente con el espiritual, se creyó tambien en el deber de ponerse de parte de la Iglesia cuando la vió amenazada y minada por los cimientos. Habia una fuerte alianza entre el Estado y la Iglesia, y esto explica por qué el derecho político de la edad media contó entre los delitos políticos el de la herejía. No por otra razon vemos en el código siciliano de Federico II, del que nos ocupamos arriba, y que no estaba por cierto redactado bajo un espíritu favorable al clero, que las penas más severas están reservadas en él para los herejes. Por esto San Bernardo se quejaba de sus manejos en esos términos: «Las iglesias están vacías, los pueblos sin sacerdotes, y los sacramentos en desprecio (1). El pueblo muere sin los auxilios de la religion, sin que se arrepienta, sin que se convierta.» El anciano Ramon, conde de Tolosa, habia ya exhalado las mismas quejas en el capítulo general de la órden del Cister, celebrado en 1177. «Esas herejías, decia, han prevalecido de manera, que han dividido el marido y la mujer, el padre y el hijo. Han seducido á los mismos sacerdotes, y por esto están abandonadas y medio en ruinas las iglesias, y ni siquiera se bautiza á los niños. Soy demasiado débil para luchar contra este azote, pues mis principales vasallos son arrastrados, y arrastran consigo el pueblo. Nada pueden ya las

(1) Hurter piensa de la misma manera. «El único fin que se proponia Inocencio era libertar la Francia meridional de los errores que no habian podido ser disipados ni con advertencias, ni por medio alguno de conciliacion. Estaba resuelto á esto por la conviccion en que estaba de que sólo hay un medio de salvacion para el hombre; y que apartándose de él en un punto, equivalia á abandonarlo completamente. Tenia que procurar este fin por la obligacion en que estaba de vigilar á todos los cristianos, apelando á todos los medios, ya sean de benignidad ó de severidad, ó bien la benevolencia ó el castigo del padre de familias; debia hacerlo por estar convencido de lo que de él exigia su mision, que á su modo de ver consistia más en imponer deberes que en conceder derechos. Todas las instrucciones que dió á sus legados, todos los rescriptos que dirigió á estas provincias son una prueba palpable de que hubiera preferido mil veces alcanzar este objeto sin emplear medios duros é ilegítimos, que de otra parte le parecian bien merecidos por los que se oponian tan obstinadamente á lo que él consideraba como su único medio de salvacion. Cf. Leo, Manual de la historia de la edad media, p. 509 sig.

»censuras eclesiásticas, y no es posible encontrar remedio sino en el brazo seglar, en la espada del Estado. Invocaré el socorro del rey de Francia, y derramaré con él hasta la última gota de mi sangre para extirpar tan deplorable herejía.» Todo esto, sin embargo, no justifica á nuestros ojos la pena de muerte pronunciada contra los herejes, porque debemos desear con San Agustin «que se les convierta, y no que se les sacrifique; que se emplee con ellos una disciplina severa y represiva, no que se les sujete ni aún á las penas á que se hicieron acreedores.» Sólo queremos explicar cómo la opinion general de la edad media debia arrastrar los dos poderes á tomar contra los herejes medidas tan contrarias á las de los siglos anteriores, y la manera cómo, dando un paso más para reducir completamente á esos sectarios, se les sujetó á una vigilancia personal, y se vino al fin á establecer la inquisicion, juzgada por otra parte tan falsamente y con tanta acrimonia. Hablarémos de ella más adelante y más detalladamente: aquí nos contentaremos con decir de paso que se han levantado en estos últimos tiempos dudas las más fundadas sobre la manera que ha sido representada y apreciada hasta el presente la conducta del confesor de Elisabeth, el ardiente inquisidor Conrado de Marburgo (1) (1213 á 33). Como quiera que sea, la Iglesia, del mismo modo que el Estado, no puede ser responsable de todos los actos de sus ministros.

La secta fundada por Amaury de Bene (2) presenta un carácter distinto del de todas las descritas hasta el presente. Interpretó Amaury falsamente esta proposicion de Erigena: «Todo es de Dios, todo es manifestacion de Dios,» y extraviado por la lectura de los peripatéticos árabes, difundió entre sus contemporáneos una doctrina estrictamente panteística, proclamando

(1) Tocante á Conrado de Marburgo, véase Vida de Santa Elisabeth por el conde Montalembert.

(2) Engelhardt, Amaury de Bene (Tratado de hist. ecles., núm. 3). Conc. Paris. Acta. (Martene, Thesaur. anecd. t. IV, p. 163 sq. en Mansi, t. XXII, p. 801 sig.) Staudenmaier, Filosofia del Cristianismo, t. I, p. 633 sig.; Granelin, de Genuina Amalrici à Bene ejusque sectatorum ac Davidis de Dinanto doctrina, Gissae, 1842.



do reformas que sólo eran eco de las ideas del abad Joaquin. Mientras fué profesor de lógica y de exégesis en la universidad de París, no se observó que sentara otra opinión aventurada sino la siguiente: Todos los cristianos son miembros de Cristo, y como tales han compartido los sufrimientos y los dolores de la cruz. Dictó la Sorbona de París contra él una sentencia que fué confirmada por el papa, é hizo morir de pesar á Amaury en 1204. Súpose, sin embargo, despues de su muerte que había tenido cierto número de partidarios, y entre ellos un tal Guillermo, platero de París, y á David de Dinando, y que había sentado la proposición panteística: «Todo es uno y uno es todo; ese todo es Dios, y la idea es la misma cosa que Dios.» Negábase en virtud de esas palabras la Trinidad, y añadian estos sectarios: «Por el Padre es preciso entender el período real de la historia del mundo en que domina la vida de los sentidos; por el Hijo el período ideal y real, durante el cual se convierte el hombre al interior, sin que el Espíritu pueda triunfar del mundo exterior ni queden lo ideal y lo real enteramente coordinados; finalmente, el Espíritu se manifiesta en el período enteramente ideal, y alcanza la victoria. De aquí se sacaría que los sacramentos instituidos por Cristo en la nueva alianza, el bautismo, la penitencia y la Eucaristía son palabras sin sentido real, y en adelante cada uno halla su salvación por la inspiración inmediata del Espíritu Santo, y sin necesidad de sujetarse á ninguna práctica exterior. La inspiración resulta del recogimiento del espíritu en sí mismo, y por esto están igualmente inspirados los profetas, los apóstoles y los poetas. La santificación no es más que la conciencia de la presencia de Dios, la idea del uno y del todo. El pecado consiste en el estado del hombre limitado por el tiempo y el espacio. Debiendo quedar absorbido todo lo que es exterior por el tercer período, todo culto exterior debe abolirse. Cualquiera que esté con el Espíritu Santo, añadian en su impia demencia, no puede recibir mancha alguna ni aun entregándose á la fornicación; cada uno de nosotros es el Cristo y el Espíritu Santo.»

David de Dinando se apartó mucho de ese espíritu ideal de panteísmo, é hizo Dios el principio material de todo. Más hostil todavía al cristianismo que Amaury, buscó principalmente apoyo en la filosofía pagana. Pero el torrente de la falsa filosofía con el de todos los sistemas heréticos de los cátaros, albigenses y otros se confundió pronto con la doctrina de Amaury; porque, como unos y otros partían del mismo principio, llegaban todos al mismo resultado (1). De esta escuela, condenada por las decisiones del concilio que se tuvo en París el año de 1209, se derivó, según todas las probabilidades, la secta, parte montanista, parte panteísta, de los hermanos y hermanas del libre espíritu (2), que sacaban sus nombres de las doctrinas que profesaban, apoyándose en los textos de San Juan, IV, 28, y de San Pablo, Rom. VIII, 2, 4. «El espíritu de vida que nos domina, decían, nos ha librado del pecado; libertados de la ley, hemos llegado á ser hijos de Dios.» Según su panteísmo místico, análogo al de los paulicianos, consideraban todas las cosas como una emanación inmediata de Dios, y se aplicaban á sí mismos aquellas palabras de Jesucristo: «Yo y mi Padre somos una misma cosa.» «El que ha llegado á esa convicción, decían, no pertenece ya al mundo de los sentidos ni puede recibir mancha alguna, y por consiguiente no tiene necesidad alguna de sacramentos.» Como separaban el espíritu y el cuerpo de una manera absoluta, pretendían que los excesos de la sensualidad no ejercen influencia sobre el alma, y así era como algunos de ellos se entregaban con toda seguridad á las impurezas más groseras. Iban vestidos de una manera extraña y andaban por acá y acullá mendigando, siendo conocidos generalmente con el nombre de beguados, y en Francia, seguramente por irrisión, con el de turlupines. Acompañábanles sus mujeres como hermanas, de donde tomaron también el nombre de *schwestriones*, de la palabra alemana *schwester*, que significa herma-

(1) Cf. *Staudenmaier*, *Filosofía del Cristianismo*, t. I, p. 629 sig.

(2) V. en *Engelhardt*, *Hist. eccl.*, t. IV, p. 161, las obras sobre la materia.



na. Á mediados del siglo XIII excitaron, principalmente en la Suabia, á muchos religiosos y religiosas á abandonar su regla y á no dejarse dirigir más que por Dios y por su libre espíritu. Tomáronse entonces contra ellos medidas muy severas.

Los hermanos apostólicos (1) pertenecen á la misma familia, y de las cuales fué el fundador Gerardo Segarelli, joven muy fanático de Parma, á quien rechazaron los franciscanos. Como muchas otras sectas anteriores, se creyó llamado á hacer renacer la era apostólica de la Iglesia. Apareció en 1261, acompañado de sus hermanos, mendigando, cantando y predicando que estaba cerca el reino de Dios. Hicieron por largo tiempo un misterio de su doctrina; mas se descubrió, al fin, que sus tendencias eran enteramente hostiles á la Iglesia. Obstinóse Gerardo en sus errores, y sufrió la pena de muerte en 1300. Tuvo por sucesor un milanés muy inteligente, llamado Fra Dulcino, que desde un principio escribió á toda la cristiandad diciendo «que empezaba una nueva era para la Iglesia, y que él y los suyos eran los últimos profetas que habían de venir antes del juicio final (1303).»

Distinguía Dulcino el reino de Dios en cuatro períodos. Vivían en el primero, que abrazaba todos los siglos antes de Jesucristo, los judíos piadosos; en el segundo, de Cristo á Constantino, los cristianos pobres y castos; en el tercero, de Constantino á Carlo-Magno, la avaricia y la riqueza, que fueron invadiendo la Iglesia, á pesar de la oposición de San Benito y de las órdenes mendicantes, que también degeneraron; en el cuarto, renacen la virtud y la castidad: Roma, decía, será rechazada con el papa Bonifacio, y el cristianismo primitivo restablecido en toda su pureza. Tuvo Dulcino la desgracia de verse muchas veces obligado á prorogar su período en que había de alcanzar

(1) *Histor. Dulcini et additamentum ad hist. Dulc. (Muratori, t. IX, p. 423.) Mosheim, Hist. de la Orden de los Hermanos apostól. (Ensayo de una hist. de las herejías, p. 143 sig.) Schlosser, Abelardo y Dulcino. Gotha, 1807. Krone, Fra Dulcino y los Patarinos, episodio histórico de las guerras religiosas. Lips., 1844.*

victoria; pero no le turbaba en lo más mínimo ver que se retardaba la realización de su triunfo. Despues de varias peregrinaciones que hizo al Tirol y á la Dalmacia, reunió sus partidarios en Novara, ciudad del Piamonte, y declaró abiertamente la guerra á Roma despues del año 1304. Fueron él y los suyos destruidos en el monte Zebello por el hambre y la espada de los cruzados del obispo de Verceil; y aunque fueron hechos prisioneros él y su hermana Margarita, y condenados á una muerte bárbara, quedaron restos de esta secta hasta el siglo XV.

No puede dejar de reconocerse el parentesco de esta doctrina fanática con las ideas del abad Joaquin de Floris en la Calabria, muerto el año 1202 (1), recogidas en la introducción al Evangelio eterno del franciscano Gerardo (sobre el 1254), amigo íntimo de Juan de Parma, general de la Orden, que más tarde fué depuesto de su cargo (2). Las tres edades del mundo forman el fondo de su doctrina: la primera es la del Padre, que vela principalmente sobre el mundo judío; la segunda, la del Hijo, durante el cual se desarrolla la iglesia romana. Pero como la doctrina de Cristo y la de los apóstoles contiene, según él dice, el Evangelio del reino terrenal en lugar del de la vida contemplativa, verdadero fin del hombre, y no puede, por consiguiente, satisfacer del todo las necesidades del espíritu, es preciso que el cristianismo desaparezca ante una manifestación más alta y más pura de la vida y ciencia religiosas; y esta era nueva, que empieza precisamente en el año 1260, constituye la tercera edad del mundo, es decir, la del Espíritu San-

(1) No es cierto que el tratado «del Evangelio eterno» existiese en la edad media. Cf. *Engelhardt*, *Tratado de hist. eccl. Erlangen, 1832*, p. 1-150: «Joaquin y el Evangelio eterno.» En contra se tiene de Joaquin: *De concordia utriusque Testamenti lib. V. Ven. 1519*, in 4. *Exposit. Apocal.; psalterium decem chordarum (sobre la Trinidad). Ven., 1527*, in 4.º

(2) *Introducciones in Evangelium aeternum*, del cual se encuentran trozos en *Argentré, Collectio judicior. de novis erroribus. Par., 1728*, t. I, p. 163, y en *Eccard, t. II*, p. 849, *Postilla super Apocal. cuyos extractos en Baluz. Miscell. lib. I, p. 213 sq.*



to, la del espíritu puro, al paso que el primero es el de la carne, y el segundo el del espíritu y de la carne. El falso misticismo de todas estas sectas llega á su más alto grado de entusiasmo en el famoso é inteligente *Maestro Eckart*, que explicaba alegóricamente toda la par-

te histórica de la revelacion divina, y explanaba en ella toda su teosofía panteística (3).

(3) Cf. *Staudenmaier*, *Filosofía del Cristianismo*, t. I, p. 641.

CAPÍTULO XXV

Órdenes religiosos.—Cluny.—San Bernardo.—Los cartujos.—Premonstratenses.—Carmelitas.—Trinitarios.—Órdenes militares.—Órdenes mendicantes.—San Francisco.—Santo Domingo.

La nueva vida en que habian entrado las órdenes religiosas al concluir la época anterior, ejerció en ella una grande influencia sobre el desarrollo de la Iglesia entera. En el siglo XI el celo reformador de Gregorio VII habia reanimado en los pueblos occidentales el espíritu de penitencia: continuaron los monjes su obra, y pronto se presentaron en el mundo, ya como atrevidos predicadores ante los príncipes y los obispos, ya como mediadores de paz entre dos partidos enemigos, mostrándose en todas partes los protectores de los pobres. Fueron desde luégo los claustros el refugio del crimen arrepentido y el asilo de la ciencia, amiga de la soledad y del silencio. Fundábanse en ellos escuelas, cultivábanse las artes, estableciábase fábricas y talleres (1). El favor general de que gozaba la vida monástica le dió una extension

y formas tan variadas, que Inocencio III se creyó obligado á prohibir el establecimiento de nuevas órdenes, debiendo optar los que deseaban ser religiosos entre las órdenes establecidas. No se pudo impedir, á pesar de ese veto, la fundacion de muchas congregaciones, que se consagraron con una energía increíble y con éxito extraordinario á combatir contra los peligrosos herejes de esos tiempos. El secreto de su fuerza estaba en la severidad de la regla y en la santidad de los fundadores; mas por desgracia pronto se vió aparecer en ellas una especie de contradiccion entre el voto de pobreza y la posesion de las grandes riquezas que adquirieron, contradiccion que indicaba una decadencia más ó menos próxima. Una vez despertado el gusto á los goces sensuales, perdió pronto la vocacion monástica su carácter sagrado, cayendo los monjes en vicios ocultos, cuando no en públicos escándalos. La órden más célebre que hubo en la época anterior y en ésta fué la Congregacion de Cluny.

El traje de la órden era negro y muy sencillito. Mas la disciplina se relajó ya mucho bajo la direccion viciosa de un abad, de Pontico, que murió en 1122. Sin embargo, levantaron y extendieron la reputacion de ese monasterio la ciencia y las altas virtudes de Pedro el Venerable, que le gobernó desde el 1122 al 1156. Hemos ya hecho observar, que todos los establecimientos de Benedictinos reconocian por jefe supremo al abad de Cluny, que elegía á los

(1) «Uno se admira cuando lee la enumeracion de las bibliotecas de los conventos. Al fin del siglo XI un incendio devoró tres mil volúmenes en la abadia de Croyland. En 1248, la de Glastonbury contenia cuatrocientos volúmenes, entre los cuales se encontraban muchos poetas é historiadores romanos. El catálogo de Prifling es ménos rico; sin embargo se halla en él un Homero. ¿Era quizás un original ó simplemente una traduccion latina? No se dice. Por la misma época Benedictbeuren ensalzaba su Lucano, su Horacio, su Virgilio y su Salustio. Este monasterio poseia entre todo doscientos cuarenta y siete volúmenes. Bajo el abad Wolfran, el de San Miguel, cerca de Bamberg, recibió una rica coleccion de libros, entre los cuales figuran la mayor parte de los poetas latinos, sin contar muchos otros autores de la antigüedad pagana ó cristiana.» *Hurter*, t. III, p. 582.